

La muerte y la rosa.

ANDREW BLACKSMITH



Capítulo 1

LA MUERTE Y LA ROSA

Veía cuan cansados estaban sus ojos, el cansancio de su alma en cada despertar, el dolor de su lamento escuchaba sollozar. De respiración agitada al iniciar la mañana y un temblor sobre sus manos al caer el alba y veo sus ojos colapsar, suplicando con premura llegue su final.

¡Ah! cuanto había sufrido su vetusto cuerpo, y abrazaba con gran esperanza que la amiga del silencio llegara a su morada y tomándolo de la mano, le permitiera descansar.

–Llévame contigo a mi morada final- dijo aquel anciano hombre- ya no me queda nada en este frío mundo, ¡te suplico piedad! ven por mí en esta noche helada y tormentosa, arrástrame al infierno si es necesario; así mi alma deba ser torturada por la eternidad, puedo soportarlo, si en lugar de ello traes la paz a este viejo cuerpo que ya se ha cansado de tanto llorar, y te suplico en este momento arranques el alma de este cuerpo y le pongas fin a mi insoportable tormento. Ven a mi ángel de la muerte en esta noche de abril, pues este cuerpo ya jamás será febril. Tráeme la paz que por tantos años te he clamado de rodillas, ya mi cuerpo ha perdido toda fuerza y toda motivación para vivir y ni aun así te has apiadado de mí. La enfermedad me carcome vivo y ya no tengo fuerzas para caminar, mis pies me fallan y más de mil noches llevo postrado en la cama, humillado y alejado de toda virtuosidad, ya no soy más un humano que muestre ferocidad.

–Termina hoy con mi suplicio, te suplico un nuevo inicio o que traigas a mí el tan anhelado final. Apiádate de mí, llévame a tu necrópolis y con gusto compartiré el mismo espacio de tus monstruos ondeantes, arrastrantes y flagelantes de cuerpos vejados. Cuantos años más he de suplicarte con los ojos inundados por las lágrimas de desespero al ver este anciano cuerpo que por sí solo ha perdido la movilidad. Escúchame te lo suplico y termina ya con mi martirio, pues ya no logro soportarlo más, mi familia me ha abandonado y me han dejado postrado en una vieja cama, olvidándose de mi sacrificio, haciendo todo yo por su beneficio. Esta fría vida solo me ha dejado a mi última descendiente, quien al verme en este estado lamentable se ha apiadado de mi cuerpo y ha decidido por mí velar. Ven a mí y dale la libertad que ella necesita, pues un alma tan hermosa y noble, no merece pasar el resto de su existencia postrada a merced de las vicisitudes del destino en cuanto a mi vida se trata. No permitas que ella continúe desgastando su existencia permaneciendo tanto tiempo a mi

lado.

– ¡Qué debo hacer para que me escuches!

Cuanto deseaba poder ayudar a ese viejo hombre, veía como su hermosa descendiente de ojos tan dulces como la miel lloraba al salir de la habitación cada vez que acudía en su ayuda. Él sufría por su cuerpo y por añorar un descanso para su alma, que no ha encontrado refugio en tantos años de sufrimiento, pero también su dolor era producido al ver que todos sus seres amados lo habían dejado olvidado, al creer de él solo un molesto óbice en sus vidas. Solo el retoño de su hija menor se apiado de él y lleva a su cuidado más de 9 años. ¿Pero que podía hacer yo? Permitir que siguiera sufriendo 9 años más. Aunque creo que en realidad, lo que me motivo a ayudar, no fue la piedad que tuve por aquel viejo hombre. Tal vez, solo tal vez, el ver como su dulce y hermosa nieta sufría, ver cuando sus lágrimas adornaban sus ojos de miel, fue cuando decidí intervenir sin importar lo que me costase, debido a que veía el dolor que le producía, saber sobre el estado en el que su abuelo se encontraba.

Acaso, ¿cuánto debe sufrir un hombre?, cuan malogrado y humillado debe estar su cuerpo para que reciba la bendición de la muerte, ¿cuánto tiempo debe continuar su alma en interminable tortura?, pero, ¿qué puedo hacer yo?, aunque tenga la llave para dar fin a su sufrimiento, no poseo la libertad de otorgarla cuando yo crea conveniente. Solo soy un mensajero que debe aguardar a que las órdenes sean dadas.

A lo largo de mi eterna existencia he podido observar miles de almas que no paran de sufrir, he visto como he tenido que cumplir con la lista encomendada a mi cruel y despectivo quehacer, cumpliendo de manera nada sabrosa para mi paladar. cegar la vida inocente de alguien que no ha tenido la oportunidad de disfrutar la vida, ¿cómo puede ser posible? que me encomienden tan cruel destino de arrastrar con mi vieja hoz el alma de quien apenas ha estado en este mundo por unos cuantos instantes y sus progenitores no han alcanzado a deleitar la dicha de tenerlo entre sus brazos, y por el contrario, ¿cuándo me ha de llegar la orden? para darle la tranquilidad a esta angustiada alma, que por más de 9 años ha suplicado mi piedad. He escuchado por milenios, como los humanos me culpan por haberme llevado a sus seres amados y yo, en realidad, solo cumplo mi trabajo. Soy el único ser justo, el único imparcial que existe en el universo, pues todos, sin importar quien sea, deberá abandonar su cuerpo y acompañarme para ser guiado a la espera eterna. Soy el ser más justo pero el más odiado. Conmigo no hay raza, riqueza, ni sexualidad, no existe lugar en el mundo, en el que de mí puedan escapar y aun así soy considerado una bestia infernal.

Pero en mi amarilla lista su nombre no existía, y aunque pasaron muchas noches, en las cuales observaba a cada instante que su nombre apareciera, esas letras no marcaron su esperado final. Sus suplicas mis

oídos mil veces han escuchado, y aunque nuevos nombres siguieron apareciendo, el suyo no apareció y jamás toque su puerta.

La observe en varias ocasiones, y entre más tiempo la observaba, más me simpatizaba; jamás creí al humano ser digno de tal sacrificio, entregar toda su belleza y juventud por el bienestar de su viejo abuelo, sin recibir nada a cambio, y todo por esfuerzo propio. La observe, y pude deleitarme al observarla, pues jamás mis ojos habían visto la pureza, en unos ojos de miel.

Creí que por ser un ángel de la muerte había muerto en mi la capacidad de la fascinación por la humanidad, pero veo que el amor es una tentación a la cual todos los ángeles estamos expuestos, sin importar si somos los más marginados e incluso odiados por la humanidad. El susurro de su voz en suplica de piedad llegó a mis oídos, e imposible me resultó no caer postrado de rodillas ante su dulce petición, su voz me iluminó entre tanta oscuridad y muerte, y conocí el temor... Temí a perderme entre sus ojos, temí a perder la voluntad, y temí a dejar de ser quien era. Como pudo en tan poco tiempo lograr conmover mi corazón, si en ocasiones anteriores pude observar a varios humanos en peores condiciones. Pero... ¿Qué tenía ella para hacerme desear ayudarlo y sacarlo de aquel suplicio?, mas la razón no era él, eran las suplicas llenas de amor de su descendiente quienes me hacían colapsar. Me partía el corazón escuchar su dulce y tierna voz envuelta en llanto.

Deseaba creer que la determinación que estaba a punto de tomar, era para poder darle la tranquilidad a la anciana alma de este viejo humano que ya estaba cansado de tanto existir, por su existencia inexistente. Pero mis oídos fueron sordos a sus suplicas y aunque muchas veces él me suplico, jamás acudí a su llamado. Conocí a muchos humanos que pasaron por una situación mil veces más torturante y jamás mi corazón, fue capaz de sentir sensación alguna de remordimiento o de piedad. Pero escuche y vi, con oídos y ojos humanos y fui capaz de ver lo velado. No sé si lo que me hizo cambiar de parecer fue el dulce color de sus ojos, el dolor de sus lágrimas, la suavidad de su voz, el rosa de sus labios, lo blanca de su tez, su negro cabello azulado ondeante, las picaras pecas en su rostro o el dulzor de su sonrisa en días amargos, quizá fue como el sol resplandecía de belleza al tocar su rostro, o como su rostro iluminado por el sol la retrataba como ángel de luz, recordándome mi amable origen. tal vez fue por el olor de rosa de invierno que en ella había, o por el dulce aroma a rosal de primavera que podía oler sobre su piel, o el extraño pero delicioso e indescriptible fragancia que brotaba cual capullo de su terso cabello, ese olor que hace que la piel del humano se inquiete. ¡Oh! hermosa y deliciosa piel del humano, cuanto añoro tenerla sobre mí, para así poder percibir lo sedosa que es su piel, para sentir esas sensaciones esplendorosas de las que tanto he escuchado. Deseo tenerla ya sobre mí y amar desesperada y agitadamente como el humano suele y desea amar. Deseo sentir el aliento intranquilo y jadeante, epifanía tormentosa de un mundo onírico que hace

mi deseo y pasión una utopía envuelta entre el suplicio de ser intangible. Pues después de verla, ya no deseo más regresar a Aqueronte. añoro poder quedarme aquí, sin interesar cuanto tiempo, solo viendo, escuchando, amando para siempre si es posible, permanecer en esta tierra será gloria eterna si puedo tan solo verla, habría gratitud en mi alma.

Y de nuevo oí a aquel anciano hombre clamar mi nombre y mi corazón no se apiado, pero al escuchar la melodiosa voz de su retoño, suplicar por la vida de su abuelo, accedí, y desobedecí. Quizá me cansé de escuchar tantas suplicas que jamás fueron atendidas y decidí dar el tiempo que yo creí fuese necesario, y aunque de busque su nombre en la lista, este no aparecía.

–He aquí mi guadaña que termina con el suplicio humano, dame tu alma y en lugar de ello traeré paz a tu cuerpo.

Pareciera como si sus oídos me hubiesen escuchado, o como si su cuerpo hubiese sentido, como desgarró de su carnalidad su alma, pues al momento de él morir, vi como sonrió, era una sonrisa de tranquilidad y gratitud al haber liberado su cuerpo de dolor tan extenuante. Y vi su rosa sonreír, sonreír y llorar de dicha, al ver que el dolor de su abuelo ya había terminado, y ahora, por fin, después de tanto tiempo él podría descansar. Vi cuando ella cerró sus lindos ojos y oí como con su dulce voz me agradecía por haberle dado la paz que por tanto tiempo había añorado. Quede encantado al ver la bondad de su alma, y sentí satisfacción.

Deseaba tocarla, mirarla y sentir su fragante aroma, pero eso era imposible, pues si la tocaba, ella ciertamente moriría. El sol brillo como nunca y vi la perfección de su belleza, y en ella vi reflejada mi mayor pena, su belleza sería el desencadenante de la angustia y sufrimiento que jamás conocí.

Mis ojos se cerraron, la oscuridad y la nada me abrazaron con gran fuerza, ya no está aquel aroma de rosas de primavera, ya no hay resplandor, solo lamentos en un mundo silencioso, lleno de angustia lamento y del crujir de dientes de los condenados, y aunque escucho sus sollozos aquí, estoy solo en realidad. Dolor y desespero son mi única compañía en esta oscura bóveda abandonada por la luz y por el tiempo, encerrado en un lugar del que jamás se puede escapar, un lugar sin retorno, lleno de vacío y sufrimiento que jamás será compartido por nadie, pues nadie más está aquí. Soy el único culpable y la tortura ha sido puesta solo para a exclusividad de mi eterno sufrimiento. Estoy solo entre la nada, cavilando eternamente por mi desacierto. He traído la muerte prematura adelantándome al destino predispuesto. El secreto de ventura... morir antes de tiempo.

En ti ya no hay más sufrimiento. Te he cegado la vida, pero descansarás en paz, teniendo la perpetuidad en los recuerdos más ajenos.

Maldito y cruel destino, me castigas por ser el único imparcial.

Ya no soy yo quien está en el mundo humano, mi remplazo cruel e impávido ha llegado, con su forma andrógina encantadora, humanizada para perder toda humanidad, y en forma de mujer, para hacer que cualquiera que la vea caiga rendido a sus pies.

Estando inmerso entre el mundo de la vacuidad, comprendí lo que había hecho, y algo que jamás había experimentado pude percibir, millones de años sin sentir, y cuando sentí, el castigo llegó a mi...

Y conocí el dolor y el sufrimiento.

¡Qué debo hacer para que me escuches!

FIN